

LA MUERTE DE UN ESTOICO

El gato era más rojo que blanco. Alargado, flaco y muy sosegado. Como convenía a la clase de filosofía que profesaba. No se molestaba cuando las moscas importunas aterrizaran en su gran cabecita pensante y soñadora, ni cuando su íntimo amigo, el pollito de pelado pezcuezo, se lanzaba sobre alguna pulga que recorría su hermosa y rubia cola o sus flancos escuálidos. Por lo demás su amigo el pollo, de pescuezo pelado y negro plumaje, hacía la operación con suavidad y destreza. El viejo felino no conocía la ingratitud—como el hombre—y al recostarse a dormir sus largos ensueños de filósofo desengañado recibía sobre sí el frágil cuerpo de la avecilla repudiada. La avecilla tenía conciencia de su exilio; de ahí venía la amistad con el rubio y viejo gato.

Todavía recuerdo a quien me regalara tal animalito.

Empezaban las tareas escolares. Paseaba con mis compañeros por el abandonado parque de una ciudad extremeña. El paseo solitario, la discusión tenaz y por testigos, además de las estrellitas del cielo y del viento helado, un solo paseante: El paseante solitario.

Después le conocí y aprendí a estimarle: era un hombre. Con la misma perfección salían de sus manos—después de larga residencia en el cerebro—una puerta de doble batiente tallada en alto relieve que los cantables de una zarzuela. Pero su afición verdadera, su amor grande eran las ciencias clandestinas: metapsíquica y teosofía. Conocía la filosofía «yoghi» y las obras de Krishnamurti. No había más filosofía, ni más saber que los indios. Y era imposible vencerle de lo contrario. No podía argüírsele con la historia, la astronomía, ni cosmología. Todo eso era clasificado despectivamente como ciencia oficial. En su desprecio a esta escolástica proclamaba valientemente que desconocía el sistema métrico decimal.

Polemizábamos invariablemente cada vez que nos veíamos. Y tal tenaz combatividad poníamos que más de una noche de invierno teníamos que asentar nuestros cansados cuerpos en los bancos de azulejos del sombrío y solitario parque. Olvidábamos la hora de cenar.

—Documéntese, joven. Decíame a menudo, porque yo desconocía la doctrina búdica. Y la antipatía que me inspiró la primera vez que me lo dijo, la iban traspasando mis amigos a mí mismo, porque decían que le daba la razón con más frecuencia que era menester.

Entre paseo y discusión crecía nuestra verdadera amistad. Cuando el tumulto civil alejó del pueblo la juventud masculina, quedando casi solos, estrechamos la más. Nuestras circunstancias personales nos excluían de él. Y entre el horror del momento nos consolábamos con filosofía más estoica que ecléctica.

El pueblo deshabitado, el hambre larga; nada de extraño tiene

que aquel pacífico animal se arrimase a nuestras sillas. Sus amos huidos le habían abandonado. La identidad de temperamentos, o de caracteres le unió a nosotros. O quizás el hambre.

Asistía frecuentemente a las discusiones que ahora sosteníamos en el patio de la casa. Nunca nos interrumpió, ni mostró disconformidad con el parecer de ninguno. A veces semejaba asentir. Y, desde luego, nunca mostró impaciencia. Al final solíamos premiar su cooperación a nuestros filosóficos coloquios con un trocito de pan que recibía con la humildad pertinente a los seguidores de la escuela del Pórtico. Zenón nada hubiera tenido que reprocharle. Para demostrar su agradecimiento pasaba su escuálido cuerpecillo frotándolo contra nuestras piernas.

Con objeto de hacer más duradera nuestra amistad metí en un saco al filósofo felino y trasladélo a mi casa.

No lanzó un maullido inútil, sabiendo quizá que es en vano intentar, a veces, sustraernos al destino.

También la guerra arrastró a mi amigo el teósofo. El pollito negro, el gatazo rubio y yo distraíamos ahora nuestros ocios y hambres con resignación. Desatendiendo el tronar de los cañones sobre nuestras casas, el rugido zumbón de los bombarderos y el distinto silbar de sus bombas...

Era un consuelo para mí contemplar aquella estampa de cuento infantil: el pollito montado gravemente sobre el lomo del viejo gato paseaba majestuoso por el pasillo de mi casa...

Una mañana—sin haber lanzado una queja—el noble gato apareció tieso.

A su lado el pollito negro del pescuezo pelado, con la inocencia de su corta edad, le picaba las pulgas.

FRANCISCO PITARQUE

Extremadura y el Franciscanismo en el siglo XVI

Por JOSE LUIS COTALLO

Volumen séptimo de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

ATARDECER

A Miguel Borrachero.

Niebla de melancolía
no recales más mis huesos,
que tengo el alma ya fría
con tu lluvia de recuerdos.

¡Qué me dice el encinar
de mi linaje extremeño;
cuánto la alondra terrera
cuando desgrana su trino
en el sayal franciscano
del barbecho!

Casonas, recias casonas,
de mis lares extremeños:
El oro de la Conquista,
en tu piedra, se hizo eterno.

El camino polvoriento
— que vá del pueblo a la ermita—
es una cinta de plata
que tiritita.

En el otero la Virgen
tiene su nido de amor.
(Compadre, dale a la burra
que no llegamos, por Dios).

Es la ermita el cromatismo
de la vieja indumentaria
de mi tierra;
al poniente está el «Torrigo de San Pedro»,
—oro viejo con resoles—
de la Sierra.

Sigue sirviendo de nido
el cesto mimbroso y viejo
de su blanco campanario
a las cigüeñas;
un anciano entra en la ermita
pensativo,
rosario en mano rezando
—sus mementos—
con aspecto de miseria.

A lo lejos han callado los mastines
y el balido de la oveja llega lento:
Caminante fatigado del camino,
dime, hermano peregrino,
el por qué de mi congoja y mi tormento.

J. RAMOS APARICIO